



## DISTINGUIDO

Llegó á tal punto la insistencia de Ruperto, que logró convencerme de la verdad de sus frases repetidas en todas sus cartas: «El campo embrutece». «Deja el trato de las hortalizas por el de las personas de buen tono».

Y, me despedí del campo, estrechamente abrazado á Dolores, la hermosa hija de mi quintero, y regando con lágrimas los canteros de tomates recién transplantados, primer ensayo de mi pobre ciencia de agrónomo diplomado.

Previo un telegrama urgente, que sólo decía: «Decidido. Voy mañana»; caí en la estación del Once, sobre un grupo de amigos á quienes nunca había visto, pero que me recibieron con entusiasmo, á una señal de mi primo. Enseguida me presentaron un diario que había tenido la bondad de incluirme en la lista de viajeros, agregando á mi nombre varios adjetivos, de los que resultaba mi chacra ocupando casi toda la provincia, mi talento extraído de su propios lares y elevado á las nubes, y mi elegancia y mis gustos, sólo comparables á los del príncipe de Gales, hoy rey de Inglaterra y emperador de la India.

Una vez en casa de Ruperto, supe que aquella noche se me ofrecía un banquete íntimo, y que al día siguiente concurriría á una fiesta con fines benéficos, en la que sería puesto en relación con lo mejor, con lo más elevado de la sociedad.

Cuando nos quedamos solos mi primo

y yo, me hizo presente que él había invitado á los amigos, al banquete, y que el gasto corría por cuenta de ambos, como era muy natural, aunque este dato teníamos que reservarlo, pues en la nota enviada á la prensa se decía que los amigos me obsequiaban.

A todo esto, yo era el doctor Campolongo, pero no debía decir en ningún caso cual era mi verdadera profesión, pues en sociedad olía á rústico eso de agrónomo.

Lo distinguido era aparecer doctor, pero sin uso ni aplicación posible.

Al día siguiente mi admiración fué estupenda cuando leí el discurso que la noche anterior pronuncié en el banquete. ¡Qué de enormidades había yo dicho, cuando solo hablé para pedir la cuenta, que pagué íntegra, y darle gracias al dueño del hotel por no haberse excedido en los precios!...

Llamé á Ruperto, y, mostrándole el diario, le dije:

—¿Cuándo pronuncié yo este discurso?

—No te acuerdas! ¡Ah, sí! El champagne...

—¿Si yo no bebí más que una copa!

—¿Y el que bebimos yo y los amigos?...

—Es cierto, repliqué maquinalmente, recordando que la terquedad es un signo de mala educación.

Elio es que á la noche yo estaba casi convencido de que el discurso era tan